

## MI VIDA CON JULIÁN RÍOS

Raúl HERRERO

Aunque jamás he coincidido con Julián Ríos en carne viva, su nombre y su obra me acompañan desde tiempos inmemoriales. Intentaré resumir mi vida con Ríos (que es abrevadero del vivir) en este contenido relato de tasadas líneas.

Se deslucía la maroma de los años 90 del siglo pasado, cuando un distribuidor (de libros) me confesó con chulería que poseía un ejemplar de la primera edición del libro «más inclasificable de la reciente literatura española». Aunque el comentario venía al chorrillo de la conversación, no presté demasiada atención al requerimiento. Por entonces yo era joven y vehemente. «La cubierta es de Antonio Saura», añadió mi confidente. «¡Repámpanos!», exclamé hacia mi insondable interior. En esos días, con Antonio Saura vivo, el que esto escribe se encontraba inmerso en un viaje por el arte, en especial por el moderno y contemporáneo, de modo que no pasaba un día sin que le cayera de los libros un descubrimiento. Es comprensible, por tanto, que la referencia a Saura diera en el centro de mi diana. Quedó la cosa en suspenso porque el hablador jamás materializó el volumen prometido.

Al poco tiempo como por ensalmo me topé con el libro *Las tentaciones de Antonio Saura*, firmado por un tal Julián Ríos. El encuentro se produjo en una librería de segunda mano de Zaragoza, hoy desaparecida. O al menos así lo recuerdo. Con fascinación leí y releí, miré y remiré, comí y fui comido por las palabras y las imágenes (las del libro y las de las palabras). Más tarde supe que ese libro de primera edición, al que se había referido el distribuidor, respondía al título de *Larva*. Y así empecé mi vida con Julián Ríos.

Cuando inicié mis indagaciones sobre el autor de *Las tentaciones* me llegó la siguiente afirmación, en estas fechas ya convertida en tópico: «Julián Ríos es el Joyce español». Al cabo de esos días Círculo de Lectores estampaba un *Ulises* con sobrecubiertas azules, que aún oteo desde el lugar desde el que escribo. A ese volumen lo acompañaba como hermano gemelo otro de gran tamaño (al menos así lo conserva mi memoria) también con guardas azules y con el título *Ulises ilustrado*, firmado por Julián Ríos y el pintor Eduardo Arroyo, ambos bajo la señal de Hans Meinke, por entonces director de Círculo. Como este segundo tomo quedaba fuera de mi alcance pecuniario, me hice con la edición más económica, o sea, con el *Ulises* en seco, que sorbí acompañado por el *Curso de literatura europea*, de Nabokov. En ese emparejamiento seguía las instrucciones de un lector que acababa de culminar ese mismo viaje con idénticos útiles; un lector furibundo que adquirió el *Ulises* de Arroyo-Ríos en secreto,

sin el conocimiento de su familia, y que un día me mostró, a hurtadillas, tan deseable tesoro. Ese lector, que tanto me nutrió en mis años de juventud, era a la sazón el padre de mi amigo Pedro, que elevó el vuelo hace unos años y a quien Dios guarde en el otro lado del espejo.

Al poco de concluir la novela de Joyce y el curso del ruso, otro confidente me vino con el ya tan cacareado cuento de la primera edición de un libro proscrito, oculto, maravilloso, litúrgico y único. Entonces sí acaricié, por fin, la cartulina de la primera edición de *Larva*, husmeé el ejemplar, lo leí de prestado con el mismo entusiasmo que puse en el *Ulises*. Mi conclusión inmediata fue categórica: “Tengo para mí que Ríos no es Joyce, sino que es Julián Ríos, que no es poca cosa ni con menor mérito”. Que mi mente, por entonces en proceso de abandono de la adolescencia, se expusiera a estas lecturas en un intervalo exiguo de tiempo resultó decisivo para su apertura, también para mi rumbo y entendimiento de lo literario. Para mí en esas páginas se confirman ciertas propuestas del estructuralismo, del formalismo, del extrañamiento (como sistema para evitar el bostezo y el ripio literario) y del Postismo (que en mi vida vino justo después), entre otras cosas. Es pecado lo que escrito suena a ya dicho, a murmullo de portero noctámbulo, a chascarrillo sentimental. Cervantes en su *Quijote* inventó otra manera de narrar, se ligó y desligó de los tópicos de su época al tiempo que patinaba hacia mares ignotos, por tanto, sus herederos no se encuentran entre los que proclaman una vuelta a cierta oralidad que confunde la claridad con la simpleza (Simplicius Simplicissimus), y que, a veces, mal encubre pereza y nulidad, sino entre los que escarban en la materia del lenguaje y en lo espiritual del arte para contar de otra manera. Con esta vía despejada se percibe como una consecuencia lógica que Ríos terminara publicando su lúcido ensayo *Quijote e hijos*. El humor también acerca a Ríos a Cervantes, como les ocurrió a Joyce, a Laurence Sterne y a Jean Paul Richter (todos ellos en mayor o menor medida herederos del *Quijote*). También a Swift.

En esos días a los que me refería arriba, días de *Ríos & Joyce*, quedó mi alma desvalijada, quedó mi seso sorbido por esa manera de cantar y de contar. Devoré a la pareja (*Ulises&Larva*) en sesiones de lectura nocturna que, a veces, bordeaban el amanecer y el sueño. En el presente aún dudo de algunas escenas que retengo en mi mente y que no sé si las leí o las presentí en el duermevela de la lectura. A partir de ese momento me apropié de cuanto se me puso a la vista del autor de *Larva*. Así pasé varios años con periódicos viajes en canoa por Ríos, casi siempre reservados para el periodo estival, que me condujeron hasta *Poundemónium*, *La vida sexual de las palabras*, *Nuevos sombreros para Alicia*, *Monstruario*, *Casa Ulises*, en fin, los títulos que iba llevando a buen puerto la biblioteca Julián Ríos por obra y gracia de la editorial Seix Barral. En esas páginas me tropezaba con mitos que también eran los míos, con ecos de organismos que hubiera querido decir, con una maestría para la escritura fuera de lo común, con una lección que merecía ser aprendida y reaprendía. La prosa de Ríos la vislumbro como un viaje a Saturno sin escafandra ni chándal espacial. Y metido en esas harinas pasé de la adolescencia a la juventud, de esta a la madurez, de esta a... vaya usted a saber.

En torno al año 2010 supe, por ese corredor que es el correo electrónico, de Alejandro Toledo, un escritor mexicano que deseaba le publicara en Libros del Innombrable, como así fue, *Estación Joyce*, un libro donde se conjuga un doble viaje (el uno interior tutelado por la obra de Joyce, el otro

al Dublín del autor irlandés vivido en propio cuerpo). Toledo tenía previsto visitar España para varias gestiones, entre ellas poner remate a *Larva* y *otras noches de Babel*, una antología de la obra de Ríos que preparaba y que, finalmente, dio a las prensas Fondo de Cultura Económica, con prólogo de Carlos Fuentes. Allí mismo leo: “Como lo sabe Julián Ríos y lo sabemos los escritores hispanoamericanos, darle vitalidad a lo que decimos, escribimos y soñamos es cuestión de vida o muerte”.

Al cabo el autor voló hasta Zaragoza para presentar su libro sobre Joyce. Allí departimos sobre Julián Ríos. La admiración que se comparte vivifica y nutre. También me despertó a Fernando del Paso. Tengo para mí que Alejandro Toledo también acudió a estas tierras de dragones para homenajear en secreto al morisco aragonés Román Ramírez que, en 1579, en pleno proceso inquisitorial, alardeó de ser capaz de recitar de memoria los libros de caballerías *Clarián de Landaniso* y *Florambel de Lucea*. Algo sin duda admirable, digno de los autores aquí citados. Este mérito debería bastarle al buen Ramírez para que se le conformara estatua ecuestre en plaza pública de Zaragoza.

No recuerdo cómo conseguí la dirección postal de Julián Ríos. Pero en los últimos tiempos nos hemos remitido libros mutuos. Con rubor recuerdo que le expedí mi inmaduro primer “relatorio” o libro de relatos y mi reciente novela *Rascayú*, en cuyo pórtico incluí unas líneas de sus *Nuevos sombreros para Alicia* (todavía a estas alturas busco los primeros sombreros, donde también se presenta el pintor Eduardo Arroyo). De parte de Ríos me llegaron varios de sus volúmenes publicados en Círculo de Lectores / Galaxia Gutenberg. Sobre la novela *Puente de alma* publiqué unas páginas en alguna parte. Por desgracia he sido incapaz de encontrarlas en las tripas de mis dispositivos electrónicos. Si las hubiera guardado en papel...

A lo largo del tiempo que abraza esta rapsodia una característica se ha mantenido constante: la búsqueda incesante en torno a mí del grial de Ríos, esto es, de la primera edición de *Larva*. He asistido a operaciones de compraventa en oscuros garajes; he seguido a tahúres de casino que se perdían en filas de estanterías interminables en pos del ejemplar deseado; he conocido secretos cuchitriles donde se gestaban falsificaciones que no engañaban a nadie que alguna vez hubiera sostenido entre las manos la prima edición; he conocido a diversos personajes que aseguraban poseer esa pieza sacrosanta, pero que cuando llegaba el momento de mostrarla desaparecían entre el humo de la noche... Reconozco que formé parte de esa cohorte de buscones hasta que me topé con la edición de Muchnik. En mi caso pesaba más la ansiedad de poseer la lectura, que conocí de prestado, que la posesión de la cotizada edición original. Me consta que para el lector de hoy resulta tarea ardua hacerse con un ejemplar de *Larva*. Por tanto, su lectura ha dependido, durante bastantes estaciones, de la misericordia de una biblioteca, de un ejemplar de segunda zarpa o del auxilio de la amistad.

Cuando se agota el tiempo que me he fijado para redactar estas líneas recibo un escopetazo que, de ser cierto, promete enmendar el panorama descrito. Hablo por teléfono con Víctor Gomollón, de la editorial Jekyll&Jill, con la esperanza de ratificar ese rumor que corre como la pólvora en un espagueti wéstern. El editor me confirma que ayer mismo entregó su nueva edición de *Larva* a la imprenta. Las futuras generaciones dispondrán de su «larva» en un nuevo paño, revisado y compuesto tras una severa tarea de corrección. La novela de San Juan sigue en mi vida. ¿Qué será de mí tras su nueva lectura?

¿Un solo a dos voces? Esas voces que hablan o gritan con la turbiedad de lenguas nocturnas insatisfechas. Julián Ríos es un demiurgo y como tal se le debe tener y tratar en el mundo literario.

Septiembre, 2021

TROPELIÁS